



LAS SAGAS EN LA NOVELA NEGRA ESPAÑOLA

Juan Antonio de Blas

Para Angeles, que cree que un negro puede ser vasco siempre que tenga los ocho apellidos en euskera.

Aquí, en los años sesenta, leían literatura negra cuatro y un cabo. Como es lógico en los intelectuales se hablaba de lo que se desconocía y a veces se pontificaba sobre Chandler, Hammett y Ross Macdonald. Cuando faltaba la referencia literal, o literaria, se suplía con citas del cine negro, que sí estaba al alcance de todo el mundo, y se mitificaba con exceso un cine de género que tenía algunas obras maestras y demasiados tópicos que en nuestra desculturización tomábamos por virtudes.

Entre el desconocimiento y la mitificación se cabalgaba por el borde del olvido hasta que en los primeros años de la pre-democracia, quizá cualquier tiempo de crisis es mejor, la literatura negra se puso de moda. Esta vez la moda atravesaría la piel de lo circunstancial y creó un amplio público que hoy disfruta de la novela policial

por sí misma y no por un obligatorio estar «à la page».

Además del público conocedor, no siempre comprador, hay ahora un grupo de autores que escriben novela negra en España. Vamos a dar un repaso a aquellos que han escrito más de una novela con el mismo personaje protagonizándolas y que aún no son muchos. Todavía existe una cierta timidez en los escritores para especializarse y el móvil económico, salvo en contadas y catalanas excepciones, no justifica el «pasarse» a la literatura de policías y ladrones con la misma decisión con la que Julio César pasó el Rubicón que a fin de cuentas no era más que un arroyuelo.

Respetando el orden cronológico, la primera saga española de la actualidad corresponde al personaje de Plinio, jefe de la guardia municipal de Tomelloso, fruto de la afición al género del manchego Francisco García Pavón. El primer caso de Plinio apareció en el libro de relatos *Los liberales* y desarrollaba un asunto policial ambientado en la época anterior a la llegada de la Segunda República. El Plinio cazurro y sagaz filósofo de los recuerdos infantiles de García Pavón se convirtió en un eficaz detective rural en *El reinado de Witiza*, primera novela del personaje que se convirtió en un éxito de público.

Las historias de Manuel González alias Plinio, al que ayuda un doctor Watson que aquí es un mesetario veterinario que atiende por Don Lotario, constituye una mezcla de novela policial de enigma clásico con la descripción minuciosa de la vida semirural manchega, casi siempre centradas en Tomelloso, que es el lugar de nacimiento de García Pavón.

La segunda novela de Plinio, *Las hermanas coloradas*, consiguió el premio Nadal del sesenta y nueve, a pesar de que era una novela escasamente erótica, y como consecuencia de ese reconocimiento «cultural» proliferaron las andanzas del detective de Tomelloso. Aparecieron *Los carros vacíos*, *Historias de Plinio* y *El rapto de las sabinas*. Pasado el impacto inicial y ya con un público menos fiel siguieron apareciendo relatos de Plinio en *Una semana de lluvia*, *Vendimiario de Plinio*, *Voces de Ruidera*, *El último sábado*, *Otra vez domingo* y finalmente, ya en 1981, *El hospital de los dormidos*.

Plinio, que tenía la inteligencia y sagacidad de un Sancho Panza, fue el primero de nuestros detectives totalmente hispánicos. Como hijo de un tiempo muy bien determinado era el reflejo de una España a caballo entre una sociedad rural tradicional y una ciudad que empezaba a dárseles de moderna. Sus argumentos tenían más de crónica de «El caso» que de novela negra y estaba más cerca de los robos de gallinas que de los atracos a entidades bancarias. Más que novela policial la saga de Plinio era literatura costumbrista y a pesar de su humorismo y cuidado lenguaje acabó perdiendo la batalla contra el tiempo. Empezaba el desarrollo, algunos incluso adi-



vinaban el final del franquismo y la transformación fue tan rápida que dejó al jefe de la policía municipal de Tomelloso aparcado en la cuneta. Aún así, algunas de sus novelas permiten con facilidad la relectura y sigue siendo, por ahora, la serie más amplia en títulos de la novela policial aborigen. También fue Plinio un precursor en el campo de la imagen pues sus aventuras se convirtieron en el primer serial de detectives que se filmaría para Televisión Española, siendo encarnados los protagonistas por Antonio Casal y Alfonso del Real. De la calidad de aquel intento, hoy arqueológico, vale más no acordarse.

A continuación no hay más remedio que hablar de Manolo Vázquez Montalbán que es sencillamente el padre de la novela negra española. Manolo se acercó al género en 1974 al escribir, según la leyenda por una apuesta, *Tatuaje*. Para protagonizarla retomó a su difunto protagonista de su experimental *Yo maté a Kennedy* y lo convirtió en un detective privado afincado en Barcelona. Carvalho es hoy uno de los protagonistas más conocidos, alabado por progres y troyanos, y el único personaje de la novela policial que ha conseguido una colección editorial para él solito. Soy de los pocos que definiendo, a capa y espada, la serie televisiva que rodó Adolfo Aristarain, un buen director de serie negra como demuestran *Tiempo de revancha* y *Ultimos días de la víctima*, con Eusebio Poncela de protagonista. Aunque reconozco la razón que asistía a Manolo, que quería a Ben Gazzara para encarnar a su Carvalho. Como de las novelas de Vázquez Montalbán se ha dicho ya todo me limitaré a citar sus títulos. La ya mencionada *Tatuaje*, *La soledad del manager*, *Los mares del sur*, que fue premio Planeta en 1979 y además consiguió el milagro de ser premiada también en Francia. *Asesinato en el comité central*, *Los pájaros de Bangkok*, *La rosa de Alejandría* y por ahora su final aparición en la novela más floja de la serie, *El balneario*, que ha sorprendido a muchos de los seguidores de Carvalho por su evidente tono de parodia, cosa que sorprende en lo que era la serie más seria de las sagas de detectives de aquí. Algunas novelas cortas del detective gallego-catalán han aparecido incluso en separatas de revistas, lo que indica su alto valor de reclamo publicitario. O sea que Manolo y Carvalho han entrado en el Olimpo... y en la caja de ahorros más cercana.

Eduardo Mendoza (Barcelona 1943) es un tromamundos catalán que también ha navegado por oficinas y dependencias culturales. Traductor en la sede de las Naciones Unidas en New York se asoma a la literatura, en 1975, con *La verdad sobre el caso Savolta*.

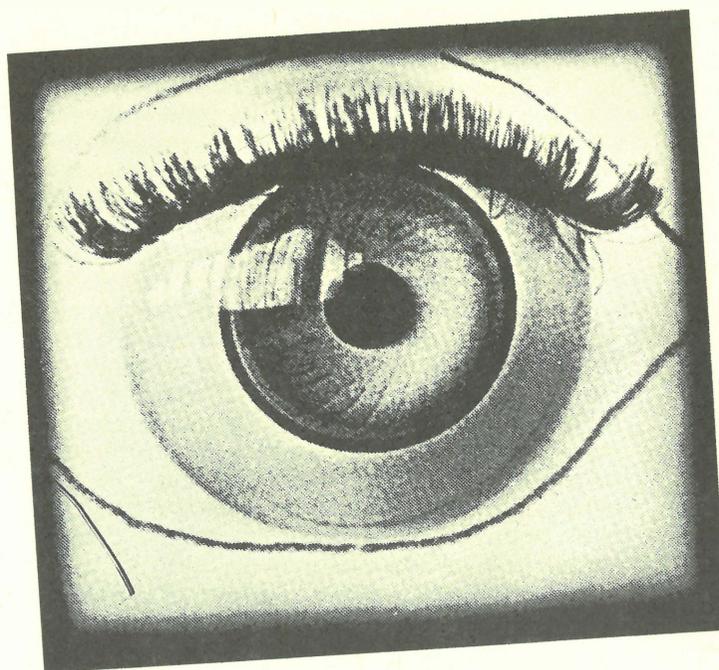
La verdad sobre el caso Savolta era una novela sobre su ciudad natal en los tiempos de la Primera Guerra Mundial. Equilibrando elementos de la novela negra, crónica social, reportaje periodístico y toques folletinescos, Mendoza construyó una obra sólida y atrayente, en la que pre-

domina un uso estilizado del lenguaje y descripciones que se transformaban en retratos apasionantes. La novela estaba lejanamente basada en las aventuras del Barón Koenig, un aventurero que hizo de Barcelona una anticipación del Chicago de Al Capone y cuyas andanzas reales fueron escritas por el comisario Casal Gómez en el estupendo y casi desconocido libro *La banda negra*.

El éxito de público y crítica, por una rara vez coincidentes, hizo que la novela fuera llevada al cine, convirtiéndola en otra «cosa», pero sigue siendo uno de los mejores films negros de la cinematografía española.

Cuatro años después del éxito Savolta, Eduardo Mendoza reincide en el género policiaco, esta vez sin máscaras, con la publicación de *El misterio de la cripta embrujada*, una novela hilarante, de obligatoria lectura ininterrumpida y cuyo protagonista aporta la innovación de ser un loco en el sentido literal del término o sea salido de un manicomio. La obra fue un exitazo pero como novela de moda pocos se atrevieron a criticar a Mendoza su mayor defecto: una solución del caso muy por debajo de su planteamiento. En 1982 Mendoza regresa con su personaje de detective majara en *El laberinto de las aceitunas*. De nuevo el enloquecido, y enloquecedor, protagonista sale a esclarecer un caso raptado por el comisario Flores que lo utiliza para resolverlo. El desarrollo divertido, tan hilarante como el anterior, es un relato que obliga a soltar la carcajada. Pero también en esta novela el final flojea por una solución, que en su aproximación a la parodia, entra demasiado en el juego de «todo es una broma», lo que impide que el libro sea una obra maestra.

Desde la aparición del *Laberinto* Mendoza se ha apartado de la novela policial, aunque no sería extraño que regresase con una nueva entrega de su innominado y chiflado protagonista para





hacer bueno el dicho de que a la tercera va la vencida.

1979 fue un buen año para la novela, más o menos, negra española. Además del loco de Mendoza apareció el periodista Julio Gálvez, otro divertido loco que no ha pasado aún por el psiquiátrico, y que sirvió a su padre Jorge Martínez Reverte para compaginar periodismo y literatura.

Julio Gálvez, al igual que su autor, es un periodista que surgió «tal cual» en *Demasiado para Gálvez*, un caso de investigación de un gigantesco fraude de una compañía de construcción y seguros. El subtítulo de *El caso Serfico* apunta al escándalo económico, de casi idéntico sonido, de los últimos años del franquismo.

Como es lógico, Martínez Reverte aprovechó su primera novela para reflejar el mundo de la prensa que conocía a fondo y sus retratos personales dieron fe de la tradicional mala leche hispánica. La descripción de jefes, compañeros y ambiente, su revista semanal ficticia era demasiado «real» y reconocible, le debió costar bastantes amigos y un montón de odios eternos.

La primera novela de Gálvez terminada el 20 de diciembre de 1973, justo en el momento en que se producía el atentado que pasaría a la historia como «El caso del almirante volante». Ni que decir tiene que fue un suceso cultural, dentro de nuestras raquíticas condiciones, y sería llevada al cine en una cinta mediocre en la que el ex cantante Teddy Bautista no logró convencernos con su encarnadura de Julio Gálvez.

La novela que se podría definir como «Dema-

siado para un tal vez» tuvo su continuación, cuatro años después, en la novela *Gálvez en Euzkadi*. Antes Reverte publicó *El mensajero*, una novela de política y no ficción en la que contó, levemente disfrazado, el auge y caída de un pequeño grupo de terroristas que olían a GRAPO y las contradanzas de un comisario que tenía demasiado del olvidado comisario Conesa.

En *Gálvez en Euzkadi* Reverte, imitando al gafe de su personaje, le envió al lugar menos apropiado de España para hacer literatura negra, quizá porque la realidad de Euzkadi es mucho más espeluznante que cualquier ficción policíaca. A ese lugar se va Julio Gálvez a tratar de resolver un caso de secuestro.

Gálvez en Euzkadi es una novela humorística, casi un sarcasmo y como era de esperar despertó más irritación que admiración. Euzkadi sigue siendo un tema que impone autocensura en los escritores a pesar de ser el escenario adecuado para la mejor novela negra española. El miedo sí continúa siendo libre... Martínez Reverte casi se atrevió, al fin y al cabo es periodista, un gran periodista, y la novela negra siempre es una indagación. Seguro que habrá otros casos de Julio Gálvez.

En 1980 la editorial Sedmay saca al mercado la colección «Círculo del crimen» en la que van a encontrar un hueco autores hoy reconocidos como Andreu Martín, Juan Madrid, Fernando Martínez Lainez y Julián Ibáñez. Este último sería el primero en intentar una saga con el personaje de Ramón Ferreol.

Julián Ibáñez se bautiza con *La triple dama*, un relato ambientado en Vitoria y Bilbao. Su espacio se fue haciendo más inconcreto en *La recompensa polaca* y se transformó en algo definitivamente personal en *No des la espalda a la paloma*, novela que consiguió el premio Moriarty. El «detective» de estas tres obras es un oficinista al que las circunstancias ocasionales convierten en investigador, en unas tramas en las que predominan las pinturas de ambiente sobre intrigas policíacas. Julián Ibáñez es un paisajista que se mueve a su aire en ciudades inconcretas que tienen mucho de su Santander nativo, de Bilbao, San Sebastián y Gijón. Se le podría definir como un novelista de bruma y nieblas.

Después de las tres aventuras protagonizadas por Ramón Ferreol, Ibáñez decidió cambiar de personaje, aunque no de mundo, y así surgió Novoa. Parece que el nuevo protagonista nació en *La comparsa Blancanieves*, un relato aún inédito, que fue un intento del autor para experimentar una nueva forma de narrar, con un lenguaje más brusco y una acción más rápida. Ya con el personaje de Novoa, contable, bajito, atildado y aficionado a la música «camp», bien definido, publica *Mi nombre es Novoa*. En ella acentúa la geografía imaginaria de una ciudad portuaria norteña similar a la que había retratado en *No des la espalda a la paloma*.

Quizá para evitar el encasillamiento, la segun-

da novela de Novoa, ambas publicadas en la colección «Etiqueta negra» de Júcar, (que podría ser la quinta de Ferreol, su anterior personaje) traslada la acción a un pueblo de la costa levantina, con una trama policial más explícita que en sus anteriores novelas. Ibáñez es por ahora un autor que gusta más a los especialistas que al gran público que encuentra sus novelas de difícil lectura.

También la colección «Círculo del crimen» ofreció una oportunidad al valenciano PGarcía publicando *Gay Flower, detective muy privado*. Una divertida parodia de la literatura negra norteamericana con un protagonista «loca perdida» al que le suceden las peripecias más increíbles, incluidas las de ligar, con su consiguiente horror, con señoras estupendas.

El gran conocimiento que PGarcía tiene del género negro afloró en la continuación de su primera novela con una serie que incluye *El nombre es Flower, Flower al aparato, Demasiados muertos para Flower, Flower en el calzoncillo eterno* y la, por ahora, última aparición del florido Gay en *Flower y el tataranieto del Coyote*. Esta merece especial mención ya que se trata de un cariñoso homenaje a don José Mallorquí, el mejor de todos nuestros novelistas populares de la posguerra y creador de personajes que se convirtieron en mitos como *El Coyote, Dos hombres buenos* o *Lorena Harding*. (Algún día habrá que hablar en serio de nuestros novelistas populares y de su impacto radiofónico, cuyo interés y calidad dejaban en escritura de párvulos a las magnificadas *Dallas* y *Dinastía*).

La fenecida editorial Sedmay dio también su primera ocasión al periodista Fernando Martínez Lainez que escribió *Carne de trueque*, una magnífica novela de policías y espías que casi estuvo a punto de convertirse en serie, al tomar el autor a uno de sus protagonistas, el comisario Martín, como coprotagonista de su segunda novela *Destruyan a Anderson*. La publicación reciente de una tercera novela demuestra que Martínez Lainez, uno de nuestros especialistas mejor dotados, ha renunciado a la posibilidad de escribir una saga.

Y llegamos a uno de los grandes: Juan Madrid. Que también es de la «generación» de Sedmay ya que en «Círculo del crimen» publicó, en 1980, su primera novela *Un beso de amigo*.

Juan Madrid Muñoz a pesar de su centralista apellido es un malagueño de la cosecha del cuarenta y siete que abandonó su vocación, no muy firme, de docente para sumergirse en el indecente mundo de la presa canallesca y tal. Juan Madrid, en la actualidad enviado especial y cronista policial en la revista «Cambio 16», se ha convertido en un experto en el mundo de los marginados y sobre todo en un especialista del hampa de un Madrid nocturno y aparte que él conoce muy a fondo.

En *Un beso de amigo* Juan Madrid inauguró la saga de uno de los personajes mejor contruidos

de la novela negra española. Se trata de Toni Romano, ex boxeador, ex policía y aspirante a ser un ex muerto de hambre. Centrado el paisaje urbano en el Madrid de la transición, la primera aventura de Toni Romano fue un relato clásico, en el que se mezcló la ficción de un hecho criminal con la crónica de un tiempo determinado y difícilmente entendible.

Menos redonda le salió la segunda novela de Romano que tituló *Las apariencias no engañan*, en la que el desarrollo demasiado convencional de la trama argumental impidió que se repitiese el impacto de la primera. Quizá para reflexionar, Juan Madrid dejó descansar a su protagonista y escribió un excelente «thriller» con *Nada que hacer*, en la que recuperó su inicial pulso para contar un relato de perdedores afin a los que filma su admirado John Huston.

En 1986, a seis años de su aventura inicial, aparece *Regalo de la casa*, tercera entrega del serial de Toni Romano, que encuentra su lugar en la colección «Etiqueta negra», la gran esperanza de los novelistas negros españoles, que también reeditará las dos novelas anteriores.

De nuevo Madrid hace de Madrid telón de fondo de su relato, pero es un telón de fondo que tiene muy poco que ver con el que muestra «El País» o «expone» el Telediario. Cuenta un caso de asesinato que se complica con las andanzas de mercaderes, pistoleros, bohemios, desgraciados, policías y señoras de buen ver y mejor catar. *Regalo de la casa* tiene un toque de romanticismo que la enlaza con las mejores narraciones de Raymond Chandler pero es totalmente una novela negra aborígen, en la que, por fin, se equilibran personajes, ambientes e intriga haciendo que la tercera aventura de Toni Romano sea sencillamente clásica.

Por su éxito de público destaca el barcelonés Pedro Casals, nacido en 1944 y actualmente profesor de psicología en la Universidad Politécnica de Barcelona.





Casals publicó en Plaza-Janes «el primer poder» y pasó por unas cuantas colecciones de esa editorial antes de convertirse en uno de sus autores mimados. Creó el personaje de Licinio Salinas, más conocido por Lic, un abogado que actúa como investigador en un mundo que tiene más de «Jet-set» que de hampa marginal. Las novelas de Casals me parecen convencionales y un tanto frías, centradas en una solución o un apunte que va más allá de lo esperado e incluso de lo sorprendente. En sus obras no desdén hacer un análisis de los poderes llamados fácticos, aunque sacrificando la crítica a fondo en aras de la espectacularidad.

A su novela inicial han seguido *El intermedio*, *Anónimos contra el banquero*, *Por qué mataron a Felipe*, en la que entró en el terreno de la política-ficción, volviendo a ese tema con la siguiente *¿Quién venció en febrero?* Entró en el tema de la droga, argumento principal del cincuenta por ciento de la literatura negra que hoy se escribe, con *Disparando cocaína*. Con su siguiente novela abandonó la editorial Plaza-Janes y para demostrar que las acusaciones de nepotismo eran infundadas (su hermano es el director comercial de Plaza) quedó finalista en el premio Planeta de la editora rival con *La jeringuilla*.

Si bien no ha escrito una serie policíaca no puedo dejar de citar a Isaac Montero que, en 1984, escribió *Pájaro en una tormenta*, un tocho de quinientas páginas que es una de las mejores novelas que se han escrito en castellano y por sí sola constituye una saga.

En *Pájaro en una tormenta* está la policía, la nuestra de los primeros días de la transición, vista desde dentro. Isaac Montero, que parece conocerla bien aunque haya sido desde la otra parte de la mesa de interrogatorios, ha escrito una obra en la que la poli aparece tal como es, sin fáciles maniqueísmos ni falsa hagiografía.

A través del contradictorio inspector que la protagoniza asistimos a las vacilaciones de un estamento del posfranquismo, en un tiempo en el que muchos aparentaron dejar de ser quienes eran y otros empezamos a poder decir lo que siempre habíamos sido. *Pájaro en una tormenta* es una novela estupenda que ha permanecido casi desconocida y que merece una revisión en calma, pues está entre lo mejor de nuestra actual literatura y no solamente en el específico campo de la novela negra.

Aunque no están escritas originariamente en castellano hay que citar la saga del comisario Bernal que transcurre en escenarios españoles y con personajes sacados de nuestro acontecer cotidiano.

El padre del comisario Bernal es el inglés David Serafin, un hispanista nacido en 1936, con una vocación españolista tan acentuada que le ha llevado a ser especialista en nuestra actual sociedad y experto en ese híbrido tan raro que ha sido bautizado como la transición.

Su primera novela *Sábado de Gloria* constituyó un gran éxito de público en Inglaterra y fue prontamente traducido por la editorial Grijalbo. Serafin creó el personaje del comisario Bernal ya con todos sus tics y le arropó con una serie de personajes secundarios que dan la impresión de moverse en un mundo reconocible, además de creíble. Al protagonista, algo influido por su colega Maigret y con los rasgos bastantes parecidos a los del difunto dictador, acompañan el comisario-ayudante Miranda, la inspectora Elena, Angel el play-boy policía, el doctor Peláez. Estos personajes y sus diferentes personalidades crean un ambiente parecido al del sueco comisario Martin Beck o al detective Carella del distrito 87. Pero Serafin más que en la novela negra incide en la política-ficción, explicando una situación de la transición española hacia la democracia que él adorna con caos ficticios y a veces excesivamente pintorescos.

A la primera novela sobre la legalización del Partido Comunista siguió *El metro de Madrid*, ambientada en las primeras elecciones después del posfranquismo, en la que Serafin demostró ser un perfecto conocedor del «metro» madrileño, cosa de la que pocos escritores pueden presumir. El anglosajón incluso incluyó en la novela el plano del transporte subterráneo de la capital española, lo que es de agradecer ya que muchos autores de novelas policíacas creen que una vez nombrado el lugar ya lo han descrito y con eso basta para un lector, que en la mayoría de los casos, no conoce los sitios de los que le hablan.



El mundo del comisario Bernal se va ampliando con sus problemas domésticos que incluyen un hijo al que no entiende, problema paternal universal, una esposa que no le comprende y una amante que le compensa por todo. A sus problemas se suman los de sus ayudantes, que se mueven entre la atracción y el enfrentamiento. Con ese mundo propio ya construido, aunque quizá con un exceso de costumbrismo para extranjeros, Serafin vuelve a la carga y publica *El golpe de reyes* sobre una fallida intentona militar que nada tiene que ver con el enigmático y casi voluntariosamente olvidado golpe del 23-F.

La cuarta novela de Serafin *Incidente en la bahía* aún dentro del escenario clásico de la ficción política abandona el campo específicamente policíaco para narrar un caso relacionado con el espionaje y los servicios secretos, situando la acción en la costa andaluza cercana a la controvertida base de Rota. Por ahora es la última novela del comisario Bernal aparecida en España si bien en el mercado anglosajón han llegado a la media docena.

De Serafin, aparte de su amor por lo español siempre de agradecer en alguien que pertenece a una cultura enemiga por definición, lo primero que hay que señalar es su característica de convencionalidad. Sus novelas son frías, bien construidas pero gélidas y nunca llegan a apasionar aunque sí a interesar. Puede que esa falta de pasión, de británica y tópica moderación sea una virtud pero no en la literatura negra española. Creo que el comisario Bernal nos presenta un dilema que oscila entre el simple reconocimiento y el agradecimiento.

Y llegamos, al para mí, mejor de nuestros novelistas negros, Francisco González Ledesma. Un autor nacido en Barcelona en 1927 y que se forjó escribiendo novelas populares para la editorial Bruquera. Desde los dieciocho años escribió más de doscientas novelas con el seudónimo de Silver Kane y también guiones policiales para los comics del Inspector Dan, uno de los mejores tebeos de los años cincuenta. Parece que con lo que le pagaban por estos trabajos pudo costearse los estudios de Derecho. González Ledesma es también periodista y actualmente redactor-jefe del periódico «La Vanguardia».

González Ledesma se aproximó al género negro en serio con la novela *El expediente Barcelona* que fue finalista en el premio Blasco Ibáñez de 1983. En esa novela aparecía tangencialmente el comisario Méndez, un policía del franquismo que el autor retomaría para escribir la mejor saga de la serie negra autóctona. Al año siguiente escribe *Las calles de nuestros padres*, un canto de amor a Barcelona en la que el comisario Méndez toma consistencia en una novela con uno de los finales abiertos más hermosos de todo lo leído. Aunando su experiencia de abogado con sus anécdotas de periodista González Ledesma escribe una obra que se lee de una sentada, en la que se define como un romántico que

sin nacionalismo radical hace sentir afecto por una ciudad que él conoce a fondo y te hace conocer.

Al año siguiente consigue el premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo*, precisamente la única floja de sus novelas por un final excesivamente aclaratorio. La novela fue llevada al cine en una película que tuvo menos éxito.

Será en la tercera aventura del comisario Méndez, *La dama de Cachemira*, donde el mundo negro de Ledesma quede definitivamente perfilado. Es una novela dura y tierna en la que además de la Barcelona de los perdedores se trata con dignidad el, en nuestra cultura, espinoso tema de la homosexualidad. Méndez, que comenzó siendo una mala bestia, se va transformando en un personaje entrañable que hace desear conocer sus nuevas peripecias, lo que es el mayor elogio que se puede hacer de un personaje de papel. Fuera de la saga de Méndez, González Ledesma ha escrito *Soldados* que es, sencillamente, el mejor «thriller» que se ha escrito en castellano.

En total que las series de novela negra española, a pesar de la cantidad de muertos, hay que reconocer que tienen una buena salud...

